

Carta de Chile

Los talleres de poesía

Estas líneas nacen como fruto del contacto personal con un taller de poesía chileno, el de la Fundación Pablo Neruda, que me invitó a su sede como poeta español, para participar en calidad de primer becario internacional en sus sesiones, con motivo de la celebración de los diez años de su existencia. En esas sesiones (desarrolladas entre el 18 de noviembre y el 7 de diciembre del año pasado) y en mi contacto con numerosos poetas chilenos pude constatar el fenómeno del «taller de poesía» y de su importancia en el desarrollo de la poesía chilena de las últimas décadas. Así que indagué en este llamativo hecho para poder dar a conocer este peculiar fenómeno de la lírica de un país que ya ha dado a la lengua castellana –como prefieren llamarla allí– dos premios Nobel, precisamente con la poesía, y que presenta al poeta Nicanor Parra como un candidato a su obtención.

Nacen los talleres de poesía en la década de los 60, en la Universidad de Concepción (a unos 500 km al sur de Santiago), gracias al apoyo de la Fundación Ford. Formaban parte de ese taller escritores como Fernando Alegría y Gonzalo Rojas, y se denominó «Taller de los Diez». Este primer taller marcó una presencia y, tras dos años, comienzan a formarse otros talleres. En los años 70, la Pontificia Universidad Católica de Chile forma su primer taller, integrado por doce becados, y denominado «Taller de escritores de la Universidad Católica», que dura dos años, hasta el golpe militar de Pinochet en 1973.

En el primer período de la dictadura desaparecieron los talleres, hasta que en la década de los 80, un miembro del taller de la Universidad Católica, Jaime Quezada, funda, en la Sociedad de Escritores de Chile, un taller para sus integrantes. Lo constituían una veintena, y también celebraban lecturas públicas. Fue, en tiempos de férrea censura, un lugar de reunión y de apertura de nuevos espacios culturales. Tuvo unos tres años de existencia, hasta el año 85.

Fue el propio Jaime Quezada quien a finales de 1988 creó los talleres de la Fundación Pablo Neruda, respetando las características de los primitivos. Son sólo diez los poetas becados, seleccionados por un jurado en convocatoria pública, y que reciben una beca en dinero al mes (unos 150 pesos) por el trabajo de los nueve meses que dura el curso. El lugar de tra-

bajo es la casa de Pablo Neruda *La Chascona*, en que vivía el poeta en Santiago con Matilde Urrutia, y que hoy es casa-museo. La Fundación Pablo Neruda tiene además otro taller para poetas más jóvenes (de enseñanza secundaria o media), de tres años de antigüedad, en la casa de Valparaíso del poeta, *La Sebastiana*. En este caso, aunque también hay selección, no se paga a los poetas. Lo dirige un ex miembro de *La Chascona*, Sergio Muñoz Arriagada. Y éste es un fenómeno común. Muchos de los miembros de los talleres, cuando salen de los mismos, forman nuevos talleres de poesía, creando un efecto en cadena bastante notable. Pero no son sólo ellos los que forman otros talleres, sino que cualquiera puede crearlos. Y el hecho es que hoy en día, en el ámbito cultural chileno, existen incontables en todos los géneros literarios, con distintos niveles y para todas las edades. Eso sí, todos tienen en común el que son los alumnos los que pagan al director. De ahí que se entiendan muchos de ellos como un medio de subsistencia más del artista. La calidad de los mismos dependerá de su director.

En cualquier caso, nos vamos a centrar en la dinámica de trabajo, como es el caso de los de la Fundación Pablo Neruda. Pero para ello tenemos que hablar del espíritu o la filosofía que los anima, heredero directo de los primeros talleres de poesía chilenos.

No debe, en primer lugar, confundirnos la palabra taller. Tampoco debemos identificar un taller literario o de poesía con un curso de literatura, ya que no son sesiones teóricas, sino reuniones conversacionales. Los talleres están dirigidos por escritores y poetas de cierta entidad, con experiencia de trabajo y vida que encauzan sesiones de trabajo con otros escritores y que laboran sobre una determinada obra literaria, suya o de otro autor. Su fin no es hacer escritores, sino contribuir a que un participante tenga oficio, rigor, disciplina, autocrítica y entre en contacto con semejantes suyos, enriqueciéndose mutuamente. Los resultados individuales que logre cada asistente dependerán de su esfuerzo, de la capacidad orientadora del director y del entramado que tejan los asistentes. Por eso no hay dos talleres iguales, ni dos promociones semejantes en los que llevan funcionando más de un año. Pero lo mejor es que nos concretemos al quehacer de uno de ellos, y en el que he podido participar como un miembro más.

Como ya señalé, hay un *numerus clausus* de diez personas, más dos directores, para evitar monopolizaciones, que son los poetas Floridor Pérez y Jaime Quezada. Los diez miembros, elegidos por concurso público, tienen edades que han de oscilar entre los veinte y los treinta años. Durante los nueve meses que dura el taller los integrantes han de realizar un proyecto de obra poética y someter sus textos a una revisión (ordenar/reordenar el poemario). Para ello disponen de una sesión todos los lunes, en el comedor

de *La Chascona*, de 7:30 a 9:30. Después de las sesiones iniciales y de la lectura de los proyectos, se dedican sesiones monográficas a cada uno de los integrantes. El resto de los miembros poseen las fotocopias de los textos del proyecto y también de una poética que cada uno elabora. Esta poética, más que un ejercicio retórico, consiste en una mirada y reflexión sobre la propia poesía, en la que se explicitan la motivación, las influencias, las lecturas, etc. Después de la lectura por parte del poeta de su proyecto (que quizás ha ido modificando y reordenando durante el curso) y de su poética, un miembro del taller, elegido en las primeras sesiones al azar, traza una primera crítica de los textos leídos. Esta crítica da pie a los restantes miembros para iniciar los diferentes comentarios que surjan, entablándose así una discusión, en la que naturalmente interviene el poeta protagonista.

Además de las sesiones de cada uno de los poetas y de las sesiones de apertura y cierre del curso, hay otras dedicadas a otras parcelas relacionadas con la poesía, como son, por ejemplo, la invitación de autores de «presencia», tanto chilenos (Nicanor Parra, Gonzalo Rojas) como otros que pasan por Santiago, bien sean poetas, como el caso del nicaragüense Ernesto Cardenal, el ecuatoriano Jorge Adoum, la argentina Olga Orozco, bien sean críticos, como René de Costa, o dramaturgos como Arthur Miller. Pero también autores noveles o poetas de otros países, como ha sido mi caso. En esas ocasiones «especiales» se permite la asistencia a los miembros del taller de otras promociones.

Además, existen los *Cuadernos de la Fundación Pablo Neruda*, una revista literaria que cuenta ya con ocho años de publicación y 27 números, y en la que también tienen cabida los poemas de los miembros del taller. Por si fuera poco, ya se han publicado dos antologías de éstos, una en 1988 y otra en 1990, y se está preparando una tercera que dé cuenta de estos diez años. Y es que muchos de los integrantes han ganado –incluso ganan mientras duran los cursos– diversos concursos literarios como es el caso, por ejemplo, del premio Gabriela Mistral, otorgado por la Municipalidad de Santiago, que ganó en 1993, mientras era participante, Víctor Vera (con *Rerum Terraquea*), o el caso de Rodrigo Rojas, quien publicó su libro *Desembocadura de cielo* en las mismas condiciones, y cuyos dos primeros capítulos obtuvieron el premio en la categoría juvenil del mismo galardón. Muchos de los proyectos trabajados durante el curso ven luego la luz editorial, tanto al ser premiados como editados por los propios autores. Y aunque uno nunca puede fiarse de los premios, se supone que este hecho avala, en cierta forma, el trabajo llevado a cabo.

Completan los talleres de la Fundación Pablo Neruda su actividad anual con la visita –junto con los miembros de *La Sebastiana*– a la casa del poeta en Isla Negra, donde se les ofrece una comida.

Como pude comprobar con mi propia experiencia, los talleres de poesía son un fenómeno vivo, que se encuentra en plena ebullición, dentro del corazón de la poesía chilena. Constituyen un lugar de encuentro entre jóvenes autores y un marco propicio para el desarrollo del intercambio y la génesis poética. Por los mismos están pasando poetas que sin duda serán autores importantes en su país. Es por ello que su aparición y creciente desarrollo (se habla incluso del excesivo número de los mismos) debe ser un objeto más de estudio dentro del fenómeno poético en las letras chilenas, que debe interesar en sí mismo al estudioso, al crítico, al historiador de la literatura y a los poetas.

Juan Manuel Martínez

PUNTOS DE VISTA



Puerta Llana, Adarve (Toledo)